

Con la presente publicación la Lotería Nacional rinde homenaje al Libertador Simón Bolívar, con motivo de celebrarse en el presente junio el Sesquicentenario del Congreso Anfictiónico.

Los trabajos reunidos en esta edición han sido publicados a través de los años en distintos números de la revista, y son testimonios de los estudios de la obra bolivariana de los investigadores panameños.

PROPIEDAD DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA



MARIANO SOTO



Cuando visitamos en Caracas a don Vicente Lecuna, hace más o menos 6 años, lo encontramos en su mesa de trabajo examinando varios mapas de la batalla de Carabobo. El ilustre viejo, con su amabilidad innata, nos explicó los errores cometidos por quienes no acertaron a ubicar correctamente ni el sitio histórico ni los incidentes de la lucha, y nos hizo un interesantísimo relato de los hechos. Dos días después visitamos el campo donde se librara la épica contienda, ciento treinta años antes.

Carabobo no fue una batalla librada al azar. No influyó el acaso en su realización, ni la casualidad concentró en sus llanuras a dos ejércitos rivales. Carabobo fue obra de Bolívar, de su genio militar, de un plan tácticamente concebido y realizado en sus menores detalles, donde todo fue previsto, calculado, preparado para el logro de una victoria que debía destruir el ejército expedicionario español y libertar definitivamente a Venezuela. Porque fue Bolívar quien impartió instrucciones al general José Francisco Bermúdez para que iniciara campaña desde Uchire, al frente de 1.300 hombres, y arrollara obstáculos de toda índole hasta ocupar a Caracas, impidiendo así que las tropas realistas de Pereira se unieran a las de La Torre en Carabobo. Que Bermúdez fuera derrotado en El Calvario y se replegara hasta el pueblo de Guarenas, no fue previsto, desde luego: pero en ese y otros combates logró distraer al enemigo y evitar que se unieran los dos jefes realistas en las llanuras de Carabobo lo que, por otra parte, hubiera podido cambiar el

curso de la batalla. Y fue el Libertador quien dispusiera la concentración de tropas en determinadas fechas y lugares, lo que no pudo cumplirse en algunos casos debido a obstáculos insuperables; pero en San Carlos organizó sus efectivos dándole el mando de la primera división a Páez, la segunda al general Cedeño y la tercera al Coronel Ambrosio Plaza quien, como el anterior, debía morir en Carabobo persiguiendo al batallón Valencey en su famosa retirada.

Del parte oficial del general Pedro Briceño Méndez y del relato que hace de la batalla el Coronel Alberto Santana, extractamos: "En la mañana del 24 de Julio Bolívar llegó a la altura de Buena Vista desde donde observa el campo enemigo. La Torre está allí, en la llanura, con sus tropas formadas en batalla. Bolívar concibe el plan de ejecutar un movimiento que envuelva el ala derecha del ejército realista y manda a Páez a ejecutarlo. Este ataca a las 11 de la mañana al frente de su división, recibiendo al principio el impacto de la artillería realista. La Torre se da cuenta y cambia enteramente su plan de defensa. Sus batallones **Burgos**, **Hostalrich** y **Barbastro**s abren fuego contra el **Bravos de Páez**, que retrocede desordenadamente. Los **Cazores Británicos** que han pasado la quebrada, logran avanzar en línea de batalla, pero los realistas los reciben con nutrido fuego de metralla. Cae herido su jefe el Coronel Farriar. Lo reemplaza Dewis que corre la misma suerte; **Scott**, que ha tomado el mando, es herido también. A éste lo sucede el Capitán Michin, que recibe un balazo en la pierna y que, sin embargo, ataca a la bayoneta junto al **Bravos de Páez** que es auxiliado ahora por dos compañías del **Tiradores de la Guardia**. Estos tres cuerpos se enfrascan en una lucha feroz y vuelve a ser herido el Capitán Michin, que entrega el mando al Capitán Brandt, quien resiste al enemigo. En esos momentos llega el Coronel Las Heras con dos compañías del batallón **Tiradores** y con el **Bravo de Páez** y el combate se generaliza. Nuevos refuerzos llegan al campo patriota mientras la caballería de ambos ejércitos hace prodigios de valor, sin ventajas para una u otra. Es el momento en que llega al campo de batalla el Coronel Muñoz con su regimiento y ataca a la caballería de Morales, que es puesta en fuga. Luego el ataque a la retaguardia realista destruye los batallones **Burgos** y **Hostalrich** mientras el **Barbastro**s rinde sus armas". Los patriotas quedan dueños del campo de batalla.

Hay un hecho glorioso en esta justa de valor y de muerte: la retirada a Valencia del batallón **Valencey**. Abandonado por la caballería realista, por los batallones que depusieron las armas, solo resistiendo las acometidas de Cedeño que apenas le da tiempo para

cargar sus armas, el Valencey, en cuadros cerrados como si se tratara de un desfile militar ante Fernando VII, marchó sereno, disciplinado, altivo, por el camino de Valencia hasta llegar a reunirse con La Torre que ya se encontraba en esa población. Lo comandaba el Coronel Tomás García, a quien la historia le tributa el homenaje a su valor.

Topográficamente Carabobo es una llanura rodeada de pequeñas y altas colinas por el norte y el oeste, que se extienden hasta las escarpadas barrancas de la quebrada Las Manzanas. Algunos riachuelos serpentean entre las bifurcaciones del terreno. Son dos los caminos que conducían a Carabobo: uno el de Valencia y otro el de San Carlos. Hoy todo ha cambiado. Se llega al campo de batalla desde distintos sitios. Los bosquecillos que crecen irreverentes impiden que el campo se contemple en toda su esplendor. Solo la cordillera de Buenavista desde la cual Bolívar dirigiera la batalla, se yergue enhiesta sobre el fondo del paisaje azulado. El grandioso monumento levantado a los héroes, que corona Bolívar a caballo, evoca la titánica lucha. Hay otros que recuerdan a los que cayeron.

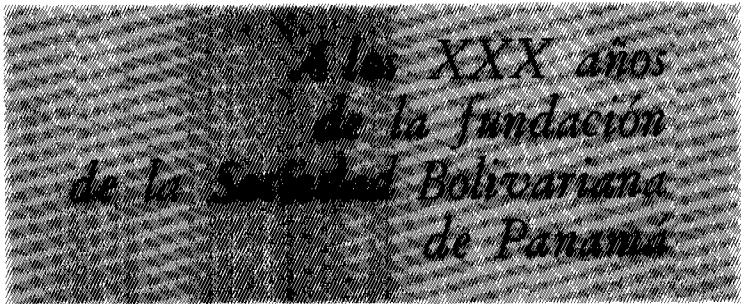
En el Salón Elíptico de Caracas, el pincel del venezolano Martín Tovar dejó un cuadro gigantesco de la batalla de Carabobo. En él parece la figura gloriosa del Negro Primero, como se le llamaba a Pedro Camejo, el primero en la avanzada, el primero con la lanza, el primero en arrostrar la muerte. Allí está tendido, con el estómago abierto por un tremendo lanzazo. Se cuenta que cuando Páez lo vio titubear en el combate y lo increpó por su cobardía, el Negro, saludándolo militarmente, le contestó: ¡General, estoy muerto! Y se desplomó a sus pies.

OTORMA NACIONAL DE BENEFIENCIA
Donado por: JUAN A. SUSTO.

PROPIEDAD

PROPIEDAD DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

BENITO REYES TESTA



Podría afirmarse que el ideal bolivariano echó en Panamá sus vigorosos cimientos esenciales desde el momento en que, hallándose en Jamaica el Libertador, escribió éste en septiembre 6 de 1815 su célebre carta en respuesta a la que él recibiera de Mr. Henry Cullen, pues en ese documento histórico, breviarío del hispanoamericanismo, ya externaba Bolívar su intención de que en esta privilegiada garganta de la geografía americana, se estableciera en época propicia la capital de la tierra; pensamiento genial éste, al cual vino a darle impulso y cima el fraternal Congreso de la anfictionía continental, donde previó lo discutido en los diez protocolos que aseguraba el Genio que en el transcurso de los siglos serían examinados con respeto, se aprobaron: un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, constante de treinta artículos primeramente y luego uno adicional. Una Convención sobre Contingentes entre las Repúblicas de los Estados Mexicanos, Colombia, Centro América y Perú, con base en veinticuatro artículos. Un Convenio en desarrollo del artículo once del Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, reglado por diez artículos. Y, un Concierto de veintidos artículos para clarificar lo estipulado en la Convención sobre Contingentes.

Esa admirable asamblea de plenipotenciarios se reunió el 22 de junio de 1826 en la Sala Capitular del Cabildo eclesiástico del secular Convento de San Francisco y desde ese feliz instante quedó consagrado el salón como sede del panamericanismo.

No se fundó entonces Centro o Sociedad Bolivarianos con esta señalada denominación, pero el conglomerado istmeño era, puede decirse, totalmente bolivariano; de ahí que en casi todos los hogares se luciera entonces con cívico fervor o una pequeña estatua de mesa, o un busto de repisa, o un hermoso cuadro del héroe, al óleo, colgado en parte principal, para sentir allí la presencia vivificante del Libertador y el estimulante impulso hacia los horizontes de la libertad y de la unión fraternal.

No fue sino hasta el clásico día 20 de Julio, en 1929, cuando por sugestión del ilustre historiógrafo y destacado hombre público colombiano, doctor Eduardo Posada, Representante de Colombia en el Congreso conmemorativo del de 1826, decidió don Nicolás Victoria J., panameño no menos erudito que el Dr. Posada, hacer convocatoria —como lo anota el Profesor e historiador don Ernesto J. Castillero R. en su hermoso estudio sobre las Bodas de Plata de la Sociedad— para la creación de la Sociedad Bolivariana de Panamá, a semejanza de las que estaban ya establecidas en Colombia y en Venezuela. Y, con un nutrido grupo de intelectuales, devotos de la rutilante fama del héroe epónimo y de su gloria inmarcesible, quedó instalada en dicha fecha, en el Aula Máxima del Instituto Nacional, o “Nido de Aguilas” como lo distinguiera el preclaro panameño don Guillermo Andreve, quedó fundada, digo, nuestra laboriosa Sociedad Bolivariana, donde brilla con inextinguibles fulgores de libertad y de dignidad la antorcha orientadora de la fraternidad hispanoamericana y de la consolidación continental.

El Acta de Fundación es del tenor siguiente:

“En la ciudad de Panamá a los veinte días del mes de Junio de mil novecientos veinte y nueve, se reunieron en la Sala de Actos del Instituto Nacional, por invitación del señor don Nicolás Victoria J., a efecto de considerar la conveniencia de fundar la Sociedad Bolivariana de nuestra república, los señores:

Dr. Abel Bravo, Dr. Luis de Roux, Dr. Manuel A. Carvajal, Ministro de Colombia ante nuestro Gobierno; Dr. Samuel Quintero C., Dr. J. D. Arosemena, Dr. Alejandro Tapia E., don Nicolás Victoria J., don Nicanor Villalaz, Dr. J. D. Moscote, Dr. José de la Cruz Herrera, don Julio J. Fábrega, don Fernando Guardia, Dr. Juan Vásquez G., don Juan J. Amado, don Manuel E. Melo, don Angelo Ferrari, don José C. de Obaldía, don Belisario Porras Jr., don Demetrio A. Porras, don Carlos Ortiz, don Carlos L. López, don Arturo Amador G., don José M. Pinilla U., don Dámaso A. Cervera, don Ricaurte Rivera S., don Julio Alemán, don Enrique A. Jiménez, don José A. Zubieta, don Abilio Bellido, don Abel de la

Lastra, don Fabián Velarde, don José M. Goytía, don Camilo Quelquejeu, don Harmodio Arias, don Juan B. Sáenz, don Aurelio Dutary, don Aníbal Ríos D., don José Pezet, don Víctor F. Goytía, don J. M. Quirós y Q., don Manuel de J. Quijano, don Manuel Roy, don Horacio Velarde, don Ricardo Miró, don Gregorio Miró, don Samuel Lewis, don Enrique Ruíz V., don Narciso Garay, don C. Arrocha Graell, don Angel Ma. Herrera y don Roberto Jiménez.

Y se excusaron de asistir a la sesión, pero manifestaron por sendas cartas o telegramas, su conformidad con el propósito de la reunión y su deso de ser considerados como miembros fundadores: Dr. Belisario Porras, don Eduardo Chiari, don Tomás Arias, don Daniel Ballén, don J. J. Méndez, don Jorge D. Arias, don Julio Arjona Q., don Daniel Salcedo, don J. B. Duncan, don Ismael Ortega, don Luis F. Clément, don Ramón Arias F., don Tomás G. Duque, don Osvaldo López, Dr. Carlos N. Brín, don J. M. Chiari, don J. F. de la Ossa, don Miguel A. Grimaldo, don Ernesto de la Guardia, don José G. Batalla, don Héctor Conte B., don Melchor Lasso de la Vega, don Ricardo J. Alfaro, don Guillermo Andreve, don Guillermo Méndez P., don J. E. Lefevre, don Octavio Méndez P., don Enrique G. Abrahams. Dr. J. J. Vallarino, Dr. Nicolás A. Solano, don Darío Vallarino, don Alfonso Fábrega y don Enrique J. Arce. —El señor Victoria leyó un discurso en el cual trazó magistralmente la silueta espiritual del Libertador y expuso las razones que, cree en su concepto, obligan la instalación en nuestro país de una sociedad similar a las ya existentes en las demás repúblicas bolivarianas, cuya más alta finalidad sea alentar por cuantos medios estén al alcance, los nobilísimos ideales de Bolívar.

El señor Victoria fue calurosamente aplaudido por su disertación y luego electo presidente provisional para que dirigiera el debate.

Abierta la sesión, el Dr. Manuel A. Carvajal pidió la palabra para hacer la siguiente proposición:

Declárase fundada la Sociedad Bolivariana de Panamá; adóptanse provisionalmente los estatutos de la Sociedad Bolivariana de Bogotá, y de acuerdo con éstos procédase a la elección de la junta directiva, con el siguiente personal:

Un presidente, primero y segundo vice-presidentes, secretario de actas, secretario de correspondencia, tesorero, bibliotecario, consultor jurídico y siete vocales. La junta directiva elegida estudiará y propondrá a la Sociedad el proyecto definitivo de sus estatutos.

La anterior proposición fue aprobada y de conformidad se procedió a la elección de la Junta Directiva, la cual quedó integrada así:

Presidente: Don Nicolás Victoria J.

Primer Vice-Presidente: Don Narciso Garay

Segundo Vice-Presidente: Don José de la C. Herrera

Secretario de Actas: Don C. Arrocha Graell

Secretario de Correspondencia: Don Víctor F. Goytía

Tesorero: Don Enrique A. Jiménez

Bibliotecario: Don Enrique J. Arce

Consultor Jurídico: Don Julio J. Fábrega

Vocales: Don José D. Moscote, Luis de Roux, Samuel Lewis, Alejandro Tapia E., Demetrio Porrás, Nicanor Villalaz, y don José María Pinilla U.

La Asamblea de socios declaró electa por mayoría la Junta Directiva mencionada. La sesión terminó a las once y treinta minutos pasado meridiano.

El Presidente
NICOLAS VICTORIA J.

El Secretario
C. ARROCHA GRAELL.

* * *

Siguió el reloj marcando el curso del tiempo y la Sociedad, luego de haber ocupado diversos locales ciudadanos como lo fueron uno de los salones del antiguo Cuartel Central de Bomberos y una espléndida sala en el edificio de Correos y Telégrafos, se instaló con carácter de permanencia definitiva en la aludida Sala Capitular, desde donde ha echado a vuelo de manera incansable su valiente pregón en pro de los derechos del hombre. Y como este majestuoso templo de la democracia está situado a orillas del Pacífico, donde debieran imperar la paz y la tranquilidad, desde su destacado mirador anfictionico esplende con plenitud de fe en la justicia la plácida luz de sus esperanzas para alumbrar, cual faro de orientación, todos los caminos del acercamiento y de la fraternidad, en aras de la comprensión y de la lealtad que tanto necesita la familia americana.

Por suerte uno de esos caminos trajo hace poco tiempo a nuestra sala histórica a los Presidentes de las repúblicas americanas

para formular en ese hermoso templo de la americanidad el juramento sagrado de la defensa recíproca, de la mutua ayuda y de una fraternidad insospechable; tal cual ha sido y es el invariable anhelo de la Sociedad Bolivariana de Panamá en franca armonía con sus similares de otros países donde se reza el mismo credo cívico de Simón Bolívar, las cuales —según acertada opinión del Presidente de la Sociedad, Dr. Manuel Roy, dicha a los Excelentísimos Señores Ministros de la Organización de los Estados Americanos en sesión solemne celebrada en el histórico salón “han dado a conocer en forma exhaustiva la portentosa figura del Libertador; han exaltado su memoria en las Repúblicas que él fundó; han procurado dilatar la idea de acercamiento entre las naciones de nuestro continente sobre la base de la confraternidad y la justicia; y han sido y son cual soldados fieles e irreductibles de una gran causa, en perpetua vigilia, lámparas votivas en constante arder”.

La Sociedad Bolivariana de Panamá, integrada desde hace ya tiempo apreciable por elementos culturales de modestos recursos económicos —por lo menos en su mayoría— ha podido a pesar de ello mantenerse enhiesta frente a tantas dificultades que ha tenido que vencer aun contra la voluntad adversa a veces de algunos altos funcionarios del Estado en épocas pretéritas, quienes hasta con inexplicable descortesía pretendieron desconocer la actuación estimulante del cuerpo bolivariano y aun llegaron a abstenerse de recibir la visita anunciada de algunos de los directores de la institución. Nada de esto, empero, pudo concurrir a entibiar los entusiasmos del grupo de quijotes y la Sociedad, presidida sucesivamente por los señores Nicolás Victoria J., José de la Cruz Herrera, Ernesto J. Castellero R., John de Pool, Benito Reyes Testa, José Edgardo Lefevre y Manuel Roy, Presidente actual, ha logrado colocarse en el alto sitio de la cultura americanista que le permitió brindarle al Ministro de Relaciones Exteriores su siempre desinteresada cooperación en los históricos días de la reunión de los prohombres Jefes de las repúblicas de nuestro continente. El santuario cívico donde arde prrennemente la radiante flama de la libertad, de la fraternidad y de la igualdad, pudo presentarlo el grupo bolivariano en vibración entusiástica de los ideales del Libertador y vino a ser así el asiento lógico de esa extraordinaria asamblea donde los aludidos Presidentes de los Estados Americanos suscribieron su lapidaria DECLARACION, condensada en cinco elevados preceptos de fraternidad y de justicia que de ser evidentemente cumplidos, habrán de traerle a nuestra América la prosperidad a que aspira dentro de la moral y la tranquilidad. Bastará la reproducción del primer postulado, el cual reza: “El destino de América es desarrollar una

civilización que haga reales y efectivos el concepto de la libertad humana, el principio de que el Estado existe para servir y no para dominar al hombre, el anhelo de que la humanidad alcance niveles superiores en su evolución espiritual y material, y el postulado de que todas las naciones puedan vivir en paz y con dignidad”.

Y en ese mismo templo sagrado de la doctrina bolivariana se inspiró el Excelentísimo Señor Arzobispo de Panamá, Monseñor Francisco Beckman, para elevar al Cielo la siguiente INVOCACION A DIOS: “Oh Dios eterno y omnipotente, que tienes en tus manos el hilo de los acontecimientos y diriges todo para tu mayor gloria y bien de tus criaturas, mira con ojos de bondad a esta augusta asamblea de los Jefes Supremos de los Estados Independientes y Soberanos de América”.

“Haz, oh Dios omnipotente descender sobre ellos tus luces divinas a fin de que su reunión tenga su completo éxito y que puedan seguir gobernando sus pueblos por leyes de justicia y moralidad cristianas”.

* * *

Dije antes e insisto en ello, que el conglomerado panameño fue de suyo siempre una asamblea bolivariana, sin la ritualidad protocolar de una organización propiamente tal, pero en la que cada familia rendía culto de admiración al héroe caraqueño. Quienes desearan convencimiento de este aserto, no tendrían más que revisar los periódicos panameños de julio de 1883, donde hallarán aliviada la devoción bolivariana. Allí encontrarán una emocionante Alocución del Presidente del Estado, General Dámaso Cervera; y admirables decretos de los Prefectos de las Provincias, señores Rodolfo Aguilera, D. Lambert, N. Medina y José J. Luna; de Colón, Chiriquí, Los Santos y Veraguas respectivamente. Y enjundiosos discursos de don José María Alemán, de don Antonio Susto, de don Pedro R. Castro, de don Pedro Soublette, de don Juan B. Amador, de don Juan Francisco Molina, de don Nicolás Victoria J., y de don Dionisio Facio, etc. Allí verán igualmente los magníficos concursos literarios, las imponentes procesiones cívicas y los excelentes programas que se prepararon y que se cumplieron para festejar fastuosamente el primer centenario del natalicio de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios.

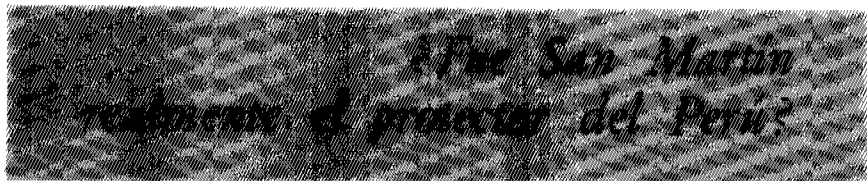
¿Estuvo, pues, justificado o no el propósito de fundar en esta capital la Sociedad Bolivariana que cumple hoy treinta años de fructífera existencia? Holgaría la respuesta, pues se sabe que esta institución, con su consagrado Salón Bolívar, es en nuestros días la

atalaya americana que señalará eternamente, como faro continental de confederación, los derroteros de la moderna cultura diplomática donde hallarán los hombres de buena voluntad la inspiración profética del Genio meridional para la feliz armonización de los pueblos que fundamentan sus esperanzas en los nobles y generosos postulados de la fraternidad.

PANAMA, Julio 20, 1959.



MARIANO SOTO



Rara es la entrega de la **Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano**, que se edita en Buenos Aires, que no traiga un artículo lleno de ditirambos sobre el General José de San Martín, ensalzando sus proezas y sus glorias y desconociendo la obra política y militar del Libertador Simón Bolívar. Desde luego, estos excesivos elogios los firma casi siempre un escritor argentino desconocedor de la historia de su propio país.

Vamos a pasar por alto los preparativos de San Martín para organizar su ejército en Mendoza; sus tres años esperando allí a que los Andes se desarrugaran para permitirle avanzar hasta las llanuras chilenas; la movilización, al fin, de sus tropas hasta encontrarse con el enemigo en Chacabuco, su triunfo en esta batalla con el concurso valeroso de O'Higgins, luego la de Maipú que cerró definitivamente el ciclo de sus victorias en Chile. De nada de ello trataremos aquí para concretarnos someramente, a la campaña peruana.

San Martín sale de puertos chilenos el 20 de agosto de 1820 y arriba a Pisco, al Sur de Lima, el 7 del mismo mes. El 11 desembarca el último de los 3.800 hombres de que se componían sus tropas. El virreynato del Perú lo ostenta el General don Joaquín de la Pezuela, hombre indeciso y timorato, quien dejó a San

Martín no sólo abiertes las puertas de la ciudad de Lima sino tiempo suficiente para que éste preparara su ejército y enviara al General Arenales hacia la Sierra con una división. Los españoles no lo atacan y así puede abandonar a Pisco y situarse en Huaura, sin molestia alguna.

Mientras San Martín espera en Huaura al General Arenales, que regresa después de un recorrido y de haber derrotado a los realistas que mandaba O'Reilly, se había pasado a los patriotas el batallón español "Numancia", y el Almirante Cochrane se apoderaba en el Callao de la fragata ESMERALDA, dos acontecimientos sensibles para el Virrey La Serna. Tal vez esto acicateó las esperanzas de San Martín de lograr la victoria por medio de la sedición y de la intriga, la que usaba con buen éxito. De allí que provocara una reunión a la que asistió La Serna y en la que el patriota de Yapeyú propuso: "proclamar la independencia peruana, unirse ambos ejércitos en un abrazo y nombrar un príncipe español que ocupara el trono del Perú". El virrey rechazó tal proposición. ¡Qué diferencia entre esta entrevista y la que sostuvieron en Santa Ana Bolívar y Morillo!

San Martín fue un militar de táctica rara, suigéneris, incomprendible para sus subordinados. No atacaba al enemigo sin convencerse de que éste era inferior en números y recursos. Se contentaba con esperar a que su adversario sucumbiera por hambre o por causas sentimentales; o que se pasara a los patriotas mediante promesas de paz que subrepticamente hacía llegar a sus líneas. Esperando los resultados de esta táctica perdía un tiempo precioso que el enemigo nunca aprovechó para atacarlo. Esta actitud prolongó la guerra en el Perú durante tres años más. No hubiera podido San Martín pernoctar teniendo a su frente o a sus espaldas, a guerreros como Monteverde, Boves, Zaraza, Calzada y tantos otros, que combatían sin descanso, sin darse un minuto de tregua ni permitirle al enemigo. A este respecto caben aquí estas palabras del insigne Sarmiento. "La manera de tratar la historia de Bolívar conviene a San Martín y a otros de su clases. San Martín no era un caudillo popular; era realmente un general. La expedición de Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiera tenido que encabezar montoneras; ser vencido aquí para reaparecer allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa. Es posible que cuando traduzcan a Bolívar a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande".

Después de la entrevista con La Serna éste abandona la capital y se marcha a la Sierra, ostensiblemente con el fin de atacar a la

división del General Arenales; y cuando San Martín se da cuenta de que no hay enemigos en Lima, marcha a ocuparla con su ejército (2 de junio de 1821). Ya en la ciudad, proclama la independencia del país y se da el título de "Protector del Perú", título éste que ninguna autoridad civil ni militar lo instituye ni menos lo refrenda. Y aquí nos preguntamos: ¿qué protección prestó San Martín a ese país, que se hallaba invadido por un ejército enemigo, al que no pudo combatir, y que seguía efectuando maniobras militares a la vista de sus propias tropas? ¡Ninguna! Y esto que la capitulación del general español La Mar, que entregó a los patriotas la plaza del Callao y que luego se sumó a éstos, dio a San Martín la oportunidad de terminar la guerra en estos momentos de desmoralización y pánico entre los realistas.

El ejército del "Protector" en Lima se entregó a toda clase de placeres. Se perdió el entusiasmo, el interés por la lucha, la moral militar, en fin. San Martín mismo se aposentó en La Magdalena, quinta donde más tarde residiera Bolívar, sin ocuparse absolutamente de los problemas militares. Mientras tanto surgía el descontento contra él entre las clases aristocráticas de Lima. Los errores de Torre-Tagle a quien había conferido el mando, y los suyos propios emanados de medidas administrativas desacertadas, le fueron creando una animadversión que aumentaba gradualmente.

Sabedor San Martín de que Bolívar se encontraba en Guayaquil, dispuso visitarlo con el objeto, dicen sus panegiristas, de solicitar del Libertador tropas colombianas para la defensa del Perú, y la de militar a sus órdenes. ¡No fue así! El Coronel Rufino Guido, su edecán, desvirtúa las aseveraciones de San Martín cuando sostiene que el propósito de su jefe era el de "apoderarse de Guayaquil y agregarlo al Perú". Esta entrevista ha sido descrita por historiadores como Larrazábal Larrain, Restrepo, O'Leary, Vicuña Markena, Lecuna, García Calderón, Fombona y muchos otros de respetable solvencia histórica, en forma muy distinta a como lo amañara el "protector" después de su fracaso ante Bolívar. El mismo Mitre, comentándola, se expresa así: "Bolívar era dueño del terreno que pisaba con firmeza, en tanto que San Martín se presentó con una posición falsa, sin plan fijo, sin base sólida alguna".

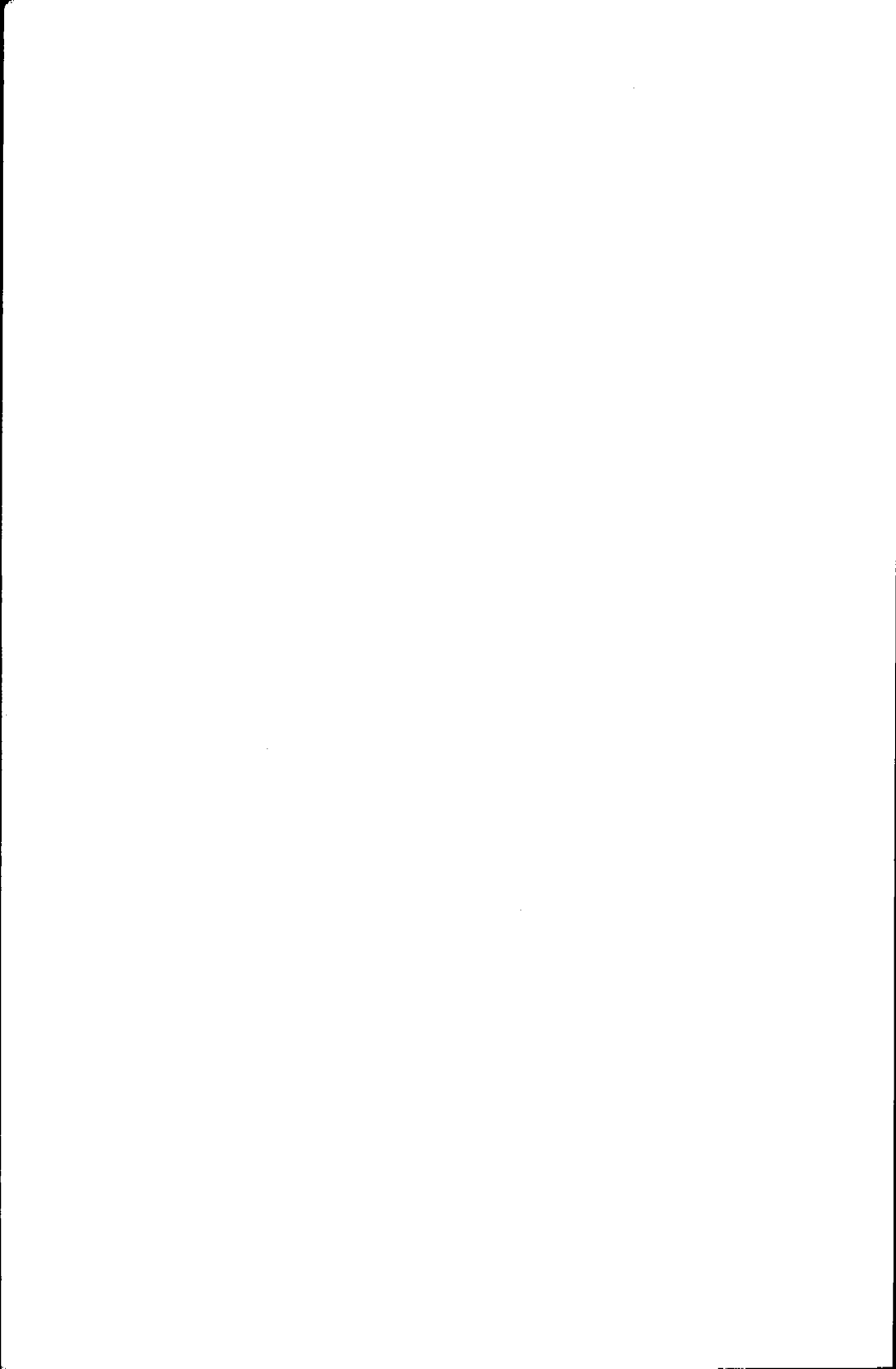
San Martín regresó a Lima abatido y humillado por su fracaso en Guayaquil. El Coronel Guido revela más tarde la amargura del "Protector" y la forma como se expresó de Bolívar, "a quien odió desde ese instante". Es un error afirmar que San Martín había previsto en Guayaquil el desastre político en que se debatía el Perú. Esa situación ya existía cuando él visitó al Libertador, y fue éste quien le entregó al "Protector", al despedirse ambos, un des-

pacho del Coronel Juan María Gómez con la noticia de la defeción de sus propios jefes; y fue este despacho el que acabó de convencerlo de la pérdida de su prestigio en Lima. De aquí su renuncia ante el Congreso Peruano el 20 de septiembre de 1822, su regreso a Chile, luego a Mendoza y después a Europa, donde vive hasta la edad de 72 años como un acaudalado burgués.

Sarmiento visitó a San Martín en Francia, en 1846. El maestro se quedó perplejo ante el falso relato que el "Protector" hizo de los últimos hechos en que tomara parte. De lo que escribe Sarmiento sobre la conversación sostenida entre ambos, tomamos lo que sigue: "San Martín me dijo que a él le habían ofrecido altos oficiales de Bolívar en Guayaquil el mando absoluto del ejército colombiano. **Tan extravagante declaración es de exclusiva invención del prócer.** En Guayaquil sólo existían dos generales: Salóm, el hombre más virtuoso y más amigo de Bolívar y Paz Castillo, su compañero de infancia. Por otra parte, ¿cómo un oficial de los pocos existentes en Guayaquil podía ofrecerle a San Martín el mando del ejército colombiano? Estas expresiones y despropósitos revelan un estado de alma atormentada por una idea fija: su llegada tarde a Guayaquil, su desprestigio en Lima aún entre sus jefes por la inacción en que mantuvo el ejército; y por último la obsesión respecto a la gloriosa campaña de Junín y Ayacucho, ejecutada con fuerzas inferiores a las que él tuvo. San Martín comandaba 11.000 hombres cuando el enemigo tenía sólo 8.500 en todo el territorio peruano. ¿Qué se propuso San Martín con tergiversar los acontecimientos, disfrazar los hechos relatándolos en forma distinta a como sucedieron? Opacar a Bolívar, desacreditarlo, verter su odiosidad hacia el Libertador hasta el extremo de crear la carta apócrifa de Lafond, cúmulo de calumnias de las que aún se sirven escritores obcecados para hacer del Protector el superhombre de América. El irrespeto que estos "biógrafos" tienen por la historia, ha llegado al extremo de asegurar que la batalla de Chacabuco, lograda el 12 de Febrero de 1817 a costa de la ineptitud de un general español, "dio como consecuencia la invasión de Bolívar a la Nueva Granada y la fundación de Colombia". ¡Inaudita falsedad! Cuando San Martín pernoctaba en Mendoza tres años antes de Chacabuco, ya Bolívar, Bolívar el genio de la Guerra, había realizado sus campañas de 1813 y 1814, en la más sangrienta de las luchas que la historia conoce, y volvía a proseguirla desde Haití hasta culminar en la batalla de Ayacucho que independizó al Perú, hecho que San Martín no hubiera logrado nunca. Debemos terminar aquí con un juicio de Mitre sobre Bolívar, de quien fuera crítico despiadado: "¿qué queda de la obra de Bolívar? Su heroica epopeya libertado-

ra a través del Continente emancipado por él". Y otro del historiador Ricardo Rojas, argentino también: "El uno (BOLIVAR) es un César que prolonga en América la estirpe de los conquistadores europeos, desde Alejandro hasta Napoleón; guerreros de filiación homérica; el otro es un abnegado misionero sin predecesores en la historia, que pertenece al linaje de los santos armados para cumplimiento de una misión".

Entonces, ¿fue San Martín o fue Bolívar el "Protector" del Perú? ¿Fue San Martín o fue Sucre quien venciera en Ayacucho destruyendo el ejército español y dando así la libertad a los peruanos?



*Pensamientos sobre el
Libertador Simón Bolívar*

He aquí diversas opiniones vertidas sobre el Libertador Bolívar, de eminentes hombres de su época. También conceptos de otros grandes estadistas, literatos, poetas, militares, que hurgaron la historia para conocer la gloriosa participación que tuvo el héroe en la emancipación de América.

“De hijo en hijo mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas”.

José Martí.

* * *

“Sin Bolívar la historia de la humanidad habría quedado incompleta”.

Miguel de Unamuno.

* * *

“Bolívar es el genio que pide un nuevo Homero para celebrar sus hazañas”.

Carlyle.

* * *

“El nombre de Bolívar es digno de honrar cualquiera de las mayores calles de París”.

Víctor Hugo.

* * *

“...la América orgullosa se levanta, olvida de Pizarro la memoria y enardecida canta al nombre de Bolívar himnos de gloria”.

Lord Byron

* * *

“Una causa no vale sino por la calidad del jefe que ella se dé; el que las naciones insurgentes aceptaron, el colombiano Bolívar. reunía todos los dones que exaltan la imaginación. Era él igualmente brillante como hombre, como creador, como escritor, como soldado”.

Emile Oliver,
Ministro de Estado de Napoleón III.

* * *

“Era tan noble en su origen como en su alma. Su talento era elevado y poderoso, su genio extraordinario, sus conocimientos profundos, notable su saber y su elocuencia; inmenso su patriotismo y heroica su abnegación”.

Burdett O'Connor.

* * *

“Después de Dios, sólo Bolívar ha creado algo de la nada”.

Henry Clayton.

* * *

“Desde que lo conocí advertí en él al hombre superior, predestinado para grandes hazañas”.

Alejandro de Humboldt.

* * *

“Espíritu indomable a quien basta el más pequeño triunfo para adueñarse de todo un territorio. Bolívar vencido es más temible que vencedor. Tiene de su noble raza española cualidades que lo hacen superior a todo cuanto lo rodea. Él es la revolución”.

Pablo Morillo, Conde de Cartagena.

* * *

“Qué queda de la obra de Bolívar? Su heroica epopeya libertadora a través del continente emancipado por él”.

Bartolome Mitre.

* * *

Bolívar era un hombre portentoso. Cuanto se planteó en las plazas de Atenas, en la exaltación de sus brillantes tiempos; cuanto soñó Platón de bello y sublime, todo lo realizó él. Pasó por la tierra como un relámpago, porque sus días fueron cortos; asombró el ciclo de las grandezas humanas. Tuvo la celebridad de Alejandro, la elocuencia de César, el cálculo profundo de Napoleón, y, sin embargo, no dominó a Rusia ni sojuzgó a Europa, ni ató a Asia, sino que desató el mundo”.

Cecilio Acosta.

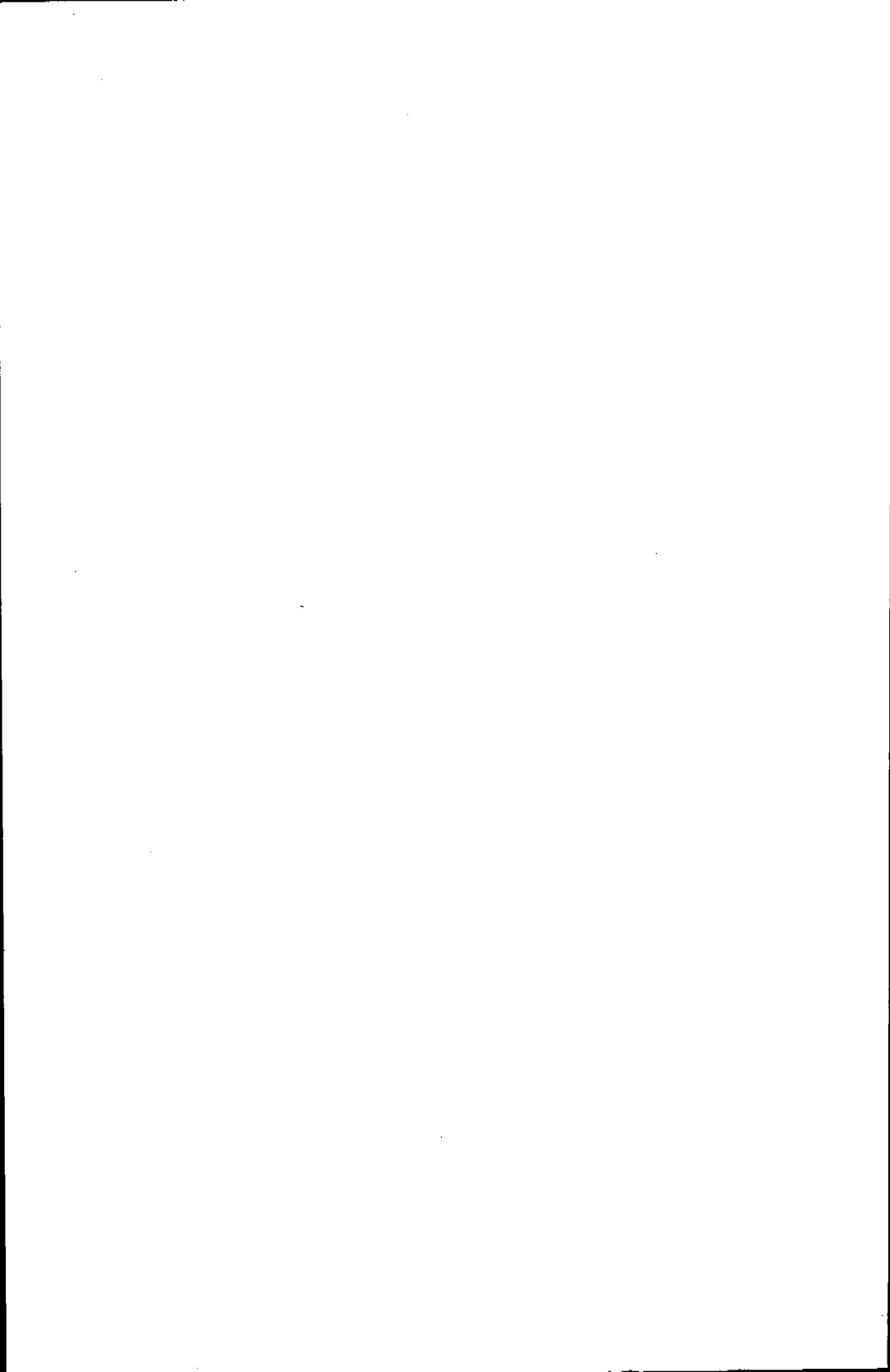
* * *

“Quién sabe en qué crisol fundió el destino aquel espíritu que tuvo vislumbres de Platón y de Brummel, de Tamerlán y Cicerón”.
Juana de Ibarborau.

* * *

“Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anahuac hasta el Plata, donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una, no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata, la más excelsa altura de los Andes, verán como nosotros también que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar”.

José Enrique Rodó.



ERNESTO J. NICOLAU

*Cesión a España
del Istmo de Panamá a cambio
del reconocimiento de la República
de Colombia*

LOS COMISIONADOS—INSTRUCCIONES QUE LLEVARON.
COMENTARIOS

* * *

ORIGINAL CESION

Mientras gobernaba Samano en Panamá, a principios del año de 1821, veamos con calma e imparcialidad, la política del Gobierno de la Gran Colombia que se proponía jugar el porvenir y la suerte del Istmo de Panamá, sin consultar previamente con los panameños, y sin tener en cuenta la importancia de la posición geográfica del Istmo, no tan solo desde el punto de vista mercantil, sino también del de la seguridad de la independencia americana. Sobre este particular cedemos la palabra al Dr. PEDRO A. ZUBIETA quien en su erudita y bien escrita obra denominada APUNTA-CIONES SOBRE LAS PRIMERAS MISIONES DIPLOMATICAS DE COLOMBIA, en su capítulo XIII (esta obra hecha en 1924, está patrocinada por el Gobierno de Colombia) páginas 335 a 379, dice lo siguiente:

“En desarrollo de la estipulación del artículo 11° del tratado sobre el armisticio y suspensión de armas celebrado en Trujillo el 25 de noviembre de 1820 con el General en Jefe del Ejército expedicionario de Costa Firme, General don Pablo Morillo, determinó el Libertador enviar dos comisionados a la Península con el objeto de

